

“Pensar en medio de la pandemia”.

La danza solitaria de un alma confinada

2020, el año que marca la aparición de un virus que terminaría por cambiar el mundo que conocemos. Desde la eclosión de la llamada emergencia sanitaria mundial, la vida de cada sujeto en cada rincón del mundo se ha visto revolucionada y constipada por una versión nada hollywoodense de una pandemia; como sociedad nos hemos visto forzados a llevar una existencia de confinamiento, o “aislamiento preventivo obligatorio” para los más optimistas, en el que nos hemos encontrado, o mejor dicho estrellado, con una versión más bien cruda de nuestras vidas.

En un mundo plagado de pobreza, hambre, violencia y guerras, lo que logró unir a miles de millones de personas fue una amenaza de muerte devastadoramente invisible. Un virus que ataca a todos los hombres sin importar su condición económica, partido político o ideología. Somos testigos de la lucha constante del sujeto. Hemos visto a profesionales de la salud e investigadores combatiendo en primera línea, trabajando sin cesar, familias que se separan, y amantes que se alejan. Con este virus se corre un riesgo que despierta el miedo a morir; y se afirman las ganas de vivir que nos impulsa a luchar por conservar la humanidad, dado que el hoy nos ha hecho permanecer en el quietismo, y nos ha llevado a reflexionar sobre nuestra existencia. A propósito, Sartre dice que del quietismo mana desesperación, pues “si todas las soluciones están cerradas, habría que considerar que la acción en este mundo es totalmente imposible” (1973, p. 1). De ahí, que el ser humano haya tomado diversas actitudes que van desde languidecerse en un sofá, en la cama, o estar al frente de la televisión, y vernos débiles como sociedad, lo cual nos ha sumergido en un mar de angustia y desesperación al perder todo aquello que llegamos a considerar como normal. Pero vale la pena nombrar que esta pandemia ha cambiado nuestro *ethos*, nos condujo a pensar sobre nuestra vida y a repensar quizá en el quietismo en el que vivíamos. Puesto que hemos pasado de vivir una vida exte-

Sofía
Miranda Jaramillo,
Isabela
Alzate Jaramillo &
María José
Santis Rangel

Estudiantes grado undécimo,
Colegio UPB.

rriorizada, o basada en la costumbre, en el placer, en la feliz ignorancia o de la distracción habitual, a asumirnos con los otros y con los demás bajo el pilar de la responsabilidad social.

Por otra parte, el hambre social, o el miedo a estar solos, es el nuevo miedo en la sombra de esta "soledad preventiva obligatoria", es que nos enfrentamos ante la dura realidad de un núcleo familiar disfuncional, un hogar fragmentado, una supervivencia animal, la escasez de existencia, y, al final del recorrido, un yo inexistente, deshecho, pequeño, finito, sin propósito y en busca de una *metanoia* disfrazada esperanzadoramente de salvación. Pues de forma inconsciente, y sin ánimos de reconocerlo, nos dimos cuenta de que vivimos un ciclo sin propósito del que nos era fácil distraernos al vivir en el ajetreo de una mente constantemente ocupada. Mas sin ciclo, ni propósito, somos esclavos de nuestros impulsos. Aunque; la idea de conocerse a uno mismo es romper con el ciclo que imponen las circunstancias en las que se existe, encontrar esas prácticas de la libertad en soberanía de uno mismo, en el que conocernos se convierte en un acto de conciencia total que implica el esfuerzo espiritual de descubrir lo que queremos y *cómo* queremos ser. Se dice que el alma se sirve del cuerpo para manifestarse; y de qué manera la paranoia, el miedo y la debilidad comienzan a mostrarse una vez que las distracciones del mundo exterior acaban. Solo, en el hogar, es cuando se da pie al alma para hablar.

Ante la frase "Quédate en casa", en nuestra pequeña parte del mundo el hombre se ha elegido a sí mismo, eligiendo así a todos los hombres. Por tanto, la elección de cuidarse a sí mismo, deriva en el cuidado de todos los hombres, todo ello como acto recíproco del cuidado de sí mismo. Puesto que, el cuidado de uno mismo se deriva de la preocupación por uno mismo; una forma de ver la existencia del sujeto antes inimaginable, pasamos de construir a cuidar, y es aquí cuando

cobra sentido, en el que la propuesta sartreana "la existencia preceda la esencia". Pero, ¿Cómo vas a ocuparte de ti mismo si no existes para construir esencia? ¿Cómo llegarás a las puertas de la verdad sin pasar por la transformación del ser? Ahora que hemos abierto los ojos ante la ignorancia de la vida podemos comenzar nuestro viaje, ahora más que nunca estamos inmersos de lleno en la dietética (el cuerpo) y la erótica (la casa); es aquí donde tendrán lugar el movimiento y la transformación del sujeto.

En este tiempo que nos encontramos finalmente solos, se da la condición perfecta para ahondar en el conocimiento de uno mismo. Sin embargo, como señala Foucault (1987), se necesita ayuda para reconocer el potencial de sujeto e iniciar la transformación, en el viaje de constitución del sujeto, como sujeto en sí mismo es necesaria la mediación del otro como maestro. Es aquí, después del reconocimiento de nuestra ignorancia sobre nosotros mismos, donde se da la necesidad de vínculo, acercamiento y guía del otro; nos aferramos a toda pizca de humanidad que quede en la relación con el otro, y somos maestros recíprocos en el viaje del conocimiento del otro y de nosotros mismos. La subjetividad es el descubrimiento de uno mismo, y, además, de los otros; por lo tanto, no es meramente individual.

¿Y cómo curar la ignorancia y el dolor del ser? ¿Cómo calmar la angustia de la muerte de costumbres que ahora parecen lejanas? ¿Cómo enfrentar la soledad más pura ateniéndose a la inminencia y necesidad de la misma? Conocerse a uno mismo, esa es la respuesta. Ahora que se nos ha dado la oportunidad de dejar de vagar por la vida de forma cambiante y sin voluntad fija, emprendemos el camino del que ama libremente, del mismo modo y sin cambiar su objetivo. Debemos traspasar las personas que llevamos cada día y aprender a convivir con lo que realmente somos lejos de los demás.

Es entonces cuando nos salvamos y nos procuramos felicidad, bienestar y tranquilidad, reencontramos la libertad y los derechos, la ataraxia (ausencia de preocupaciones) y la autarquía (autosuficiencia); son las recompensas que recaen sobre el acto de la salvación, que será la trascendencia de un fin último, para lo cual es necesario que se reconozca y entienda que nada puede salvarnos de nosotros mismos.

Referencias

- Foucault, M. (1982). *Hermenéutica del sujeto*. (Trad. Fernando Álvarez). Madrid: España. Ediciones de la Piqueta. Recuperado de: <https://seminarioatap.files.wordpress.com/2013/02/foucault-michel-hermeneutica-del-sujeto.pdf>
- Sartre, J. P. (1973). *El existencialismo es un humanismo*. (Trad. Victoria Prati de Fernández). Buenos Aires: Argentina. Facultad de Filosofía de San Dámaso. Recuperado de: https://www.ucm.es/data/cont/docs/241-2015-06-16-Sartre%20%20El_existencialismo_es_un_humanismo.pdf